

Giuseppe ALBERIGO (dir.), *Storia del concilio Vaticano II, I. Il cattolicesimo verso una nuova stagione. L'annuncio e la preparazione. Gennaio 1959-settembre 1962*, ed. ital. a cura di Alberto Melloni, Società editrice il Mulino, Bologna 1995, 550 pp.

Bajo la guía del Prof. Giuseppe Alberigo se constituyó, en 1988, en el seno del «Istituto per le scienze religiose» de Bolonia, un equipo para discutir la posibilidad de una historia del Concilio Vaticano II. Despejadas las primeras dudas sobre la factibilidad del proyecto, aunque sin desprestigiar las especiales cautelas metodológicas que lógicamente imponía un acontecimiento todavía tan próximo a nosotros, se creó un grupo de trabajo bastante amplio, que ha avanzado suficientemente en la investigación, de modo que al cabo de siete años tenemos ya el primer fruto. Como nos dice Alberigo en su «premesa», era urgente ponerse manos a la obra, por varios motivos: porque el concilio ha sido historiado hasta ahora sólo abstractamente, quizá poco contextualizado; y, en segundo lugar, porque ya faltan muchos de los principales protagonistas de aquella asamblea ecuménica, y los que todavía quedan pueden pasar en plazo muy breve. Los encuentros de coordinación, iniciados hace casi una década, han tenido carácter semestral, con amplia participación internacional.

Ante todo, y cualquiera que sea el juicio que el lector pueda deducir de la lectura de esta reseña, quisiera dejar claro, desde el primer momento, que estamos en presencia de una empresa editorial de gran envergadura y de una transcendencia extraordinaria. Por ello, quizá, me atreveré a emitir algunos juicios, que me habría guardado de tratarse de un libro de interés menor.

Veamos, en primer lugar, la composición de la comisión responsable de este proyecto, programado en cinco volúmenes (uno para la fase preparatoria, que ahora reseñamos, y otros cuatro para cada una de las sesiones del concilio). Su carácter internacional es innegable, aunque sólo haya dos españoles (H. Raguer y E. Vilanova, ambos de Montserrat), tres brasileños (J. O. Beozzo, L. Barauna y L. C. Marques), un peruano (G. Gutiérrez) y un argentino (F. Mallimaci); es decir, siete historiadores hispano-luso-americanos, sobre un total de cincuenta y un miembros, si no he contado mal.

Se me dirá que los equipos de trabajo se constituyen no sólo por las preferencias de los organizadores, sino también por las reales posibilidades de contar con las personas; y que, con frecuencia, no están todos los que deberían, porque no ha sido posible... El colaborador ideal no existe a veces o, si existe, no está disponible. De todas formas, sospecho que los editores boloñeses han ponderado muy especialmente, al elegir a los miembros de su equipo, la importancia real de las aportaciones regionales al concilio. La contribución del área iberoamericana en la etapa preparatoria no fue demasiado lucida, aun cuando el peso del catolicismo de habla castellana y portuguesa era ya entonces considerable. Por consiguiente, bien por fidelidad histórica, o por una opción de partida, o porque no pudo ser de otra forma, este primer volumen ha tenido poco en cuenta el peso específico de las iglesias iberoamericanas. Esto contrasta particularmente con el número de peritos españoles (diecinueve) y latinoamericanos (tres), designados para la fase pre-

paratoria, cifra obviamente superada por los italianos pero apenas igualada por los diecinueve franceses. Algo debieron de aportar esos veintidós teólogos, procedentes del área con mayor número de católicos del mundo, aun cuando su contribución al concilio no haya sido relevante... De ello, sin embargo, casi nada se nos dice y, además, muy de pasada...

El primer volumen de este monumental proyecto se divide en una presentación, cinco capítulos, unas conclusiones y tres índices (de nombres, temático e índice general). Los capítulos van firmados por sus respectivos autores, que son cinco: Giuseppe Alberigo (preámbulo, capítulo primero y conclusiones o epílogo, titulado: «Preparazione per quale concilio?»), Étienne Fouilloux (capítulo II: fase antepreparatoria), Joseph Komonchak (capítulo III: la preparación), José Oscar Beozzo (capítulo IV: el clima externo) y Klaus Wittstadt (capítulo V: la vigilia del concilio). Estos apartados son de similar extensión (unas cien páginas), salvo el capítulo III, que es mucho más extenso (unas doscientas páginas). Tienen un tono generalmente sereno y erudito, salvo el más problemático, a nuestro entender, que es el capítulo II. Todos están muy bien documentados, no sólo historiográficamente, sino también teológicamente.

Digo que el capítulo II, centrado en la ante-preparación (1959-1960), resulta muy problemático por el tinte un tanto maniqueo de la redacción. Y eso que el Prof. Alberigo, en las conclusiones del volumen, nos advierte que: «la prospettiva storica, sia pure breve, consente di superare le valutazioni manichee, che vorrebbero demonizzare la perversità della preparazione del Vaticano II o, al contrario, esaltarla come il momento "sano" dell'intera vicenda conciliare» (p. 522). Pero Étienne Fouilloux nos ha presentado un panorama dramático de la Iglesia antes del concilio, con unas generalizaciones que, si no incurren en maniqueísmo histórico, poco les falta. Quién sabe, incluso, si no serán un tanto anacrónicas. No sólo descalifica la segunda fase del pontificado de Pío XII, en lo que muchos historiadores estarían conformes, como el propio Alberigo, sino que, en líneas generales, anatematiza en bloque los casi cuatro siglos que siguieron al Concilio de Trento, muy particularmente los dos siglos posteriores a la Revolución francesa.

La perspectiva histórica, como bien ha reconocido el director de esta obra, exige una prudente contextualización. No es lícito, a nuestro entender, criticar la falta de perspectiva de la curia romana o de los papas anteriores al Vaticano II, particularmente Pío XII, so pretexto de que no fueron capaces de intuir los fecundos caminos que seguiría, doce años después, la eclesiología, la teología del laicado, el ecumenismo o la reforma litúrgica, por poner unos pocos ejemplos. Tampoco Yves-Marie Congar, que después jugaría un papel tan destacado en la redacción de algunos documentos conciliares de porte claramente innovador, podía imaginar, al producirse el anuncio de Juan XXIII, por dónde andaría posteriormente el concilio. Basta, para ello, recordar los contenidos de un artículo suyo de febrero de 1959 (su *Journal* de poco nos sirve aquí, pues fue comenzado cuando el concilio ya había tomado el derrotero que ahora nos resulta familiar). En ese trabajo de 1959, publicado apenas a un mes del anuncio papal, Congar señalaba cuáles habrían de ser, a su entender, los grandes objetivos del concilio: condena de los errores doctrinales del momento; reafirmación de la vocación espiritual del hombre frente a la cultura materialista de la época; confirmación de la unidad de la Iglesia frente a los mo-

vimientos secesionistas, particularmente la iglesia nacional de la China; reanudación de las discusiones eclesiológicas interrumpidas al suspenderse el Vaticano I; reprobación de las bombas atómicas y auspicio de la paz. Asimismo, esperaba Congar que la presión de los mariólogos no alcanzase su pretensión de nuevas definiciones dogmáticas. El único acierto de ese trabajo suyo, tan primerizo, fue adivinar «una primavera ecuménica» que arrancarían del nuevo concilio. Por lo demás, ninguna diferencia esencial entre este «primer» Congar y la mayoría de las respuestas a la consulta de la Santa Sede.

Las veintitrés líneas que Fouilloux dedica a las respuestas del episcopado español y portugués y a los votos de las Universidades pontificias peninsulares de la época (Comillas y Salamanca), resultan evidentemente insuficientes. Es comprensible que el autor del segundo capítulo haya tenido que resumir mucho el abundante material que ha manejado, en buena parte recogido por Evangelista Vilanova (tanto en su trabajo sobre los *vota*, como en su reciente estudio sobre las contribuciones de los teólogos españoles, publicado en la *Festschrift* dedicada a Klaus Wittstadt); pero tenemos la sospecha de que Fouilloux no ha entendido el ambiente católico español de la época. Nos parece lógico que disienta de él, como muchos disintimos; pero el historiador ha de hacer un esfuerzo de comprensión que aquí se echa de menos. Esta observación vale para un mundo que el que suscribe ha conocido más o menos directamente, mejor o peor. Por consiguiente, nos habría complacido mucho saber qué hicieron en la fase antepreparatoria teólogos tan destacados como Santiago Ramírez, Arcadio Larraona, Bartolomé de Xiberta y otros. El hecho de que trabajasen al servicio de la curia pontificia no los descalifica de antemano. Me consta que se han tratado de localizar diarios de esos teólogos, sin resultado positivo. De todas formas, aunque no haya diarios, valdría la pena cotejar su obra teológica editada, con los esquemas preparados para el concilio, a fin de intentar descubrir las trazas de sus intervenciones.

¿Qué decir, además, de la interpretación del catolicismo latinoamericano? Sospecho que Fouilloux se halla muy lejos de las coordenadas del «continente de la esperanza», como ahora algunos lo llaman. Pensar, por ejemplo, que la novedad y la renovación esperada debía venir de los curas-obreros galos o de la «misión de Francia», y que lo atrasado era tener los seminarios llenos —con mejor o peor profesorado— y las iglesias abarrotadas —con una práctica más o menos profunda y consciente—; y sostener que las tradiciones religiosas populares boyantes —con todo el margen que se quiera de cristianismo superficial y mal enraizado— debían superarse, da mucho que pensar... El historiador debe «situarse» como ya nos enseñó Dilthey hace casi un siglo y Zubiri ha repetido en tiempos más recientes. El cristianismo ibero-americano era, quizá, muy formalista y poco interiorizado, o demasiado sentimental, pero estaba en posesión de las nociones cristianas básicas y conocía bastante bien los deberes morales fundamentales. Habría merecido, pues, una atención mayor.

Con todo conviene retener lo siguiente: la reacción del episcopado latinoamericano a la primera consulta de la Santa Sede fue muy tímida. Se podría hablar, incluso, de una cierta indiferencia ante la convocatoria conciliar, si exceptuamos, y esto con matices, la actividad desplegada, ya casi desde primera hora, por Mons. Manuel E. Larrain, obispo de Talca y presidente del CELAM, y por Mons. Hélder Cámara, auxiliar de Río de Janeiro y secretario del CELAM. Poco a poco, a medida que avanzaba el concilio, el epis-

copado de Latinoamérica tomó conciencia del significado de la asamblea ecuménica, sobre todo los prelados brasileños, a lo cual contribuyó muy especialmente la actividad publicista del entonces director de «Revista Eclesiástica Brasileira» y ahora obispo de Novo Hamburgo, Mons. Boaventura Kloppenburg. La verdadera recepción del concilio no tuvo lugar hasta la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín, en verano de 1968. (Precisamente, en este mismo volumen de AHlg se publica una breve crónica, en la cual son analizadas las innumerables citas de *Gaudium et spes*, explícitas o implícitas, que se hallan en las conclusiones de Medellín).

Volvamos al libro que nos ocupa. El capítulo primero, obra personal de Alberigo, es una bella investigación de una cuestión intrigante: ¿de dónde partió la iniciativa del concilio? ¿Cómo alcanzó Juan XXIII la convicción de que era necesaria una asamblea conciliar? ¿Acaso influido por el intento abandonado en tiempos de Pío XII? Queda claro, después de leer las excelentes páginas redactadas por Alberigo, que la iniciativa fue totalmente personal del papa, aun cuando haya tomado consejo de alguna persona. La frialdad con que fue recibido el anuncio por parte de los cardenales y de la curia vaticana, e incluso por el resto de la jerarquía católica, parece confirmarlo: «dunque la convocazione del nuovo concilio è frutto di una convinzione personale del papa, lentamente sedimentata nel suo spirito, confortata anche da altri e, infine, diventata decisione autorevole e irrevocabile nel trimestre succesivo all'elezione al pontificato» (p. 30-31). (Aprovecho para señalar que también se leerán con provecho las páginas dedicadas por Alberigo a la vida y formación de Roncalli).

Los capítulos III y IV nos ofrecen un buen abanico de noticias acerca de la preparación conciliar. Komonchak, en el capítulo más largo, sigue escrupulosamente todos los detalles organizativos previos: constitución de las comisiones, deberes impuestos a los consultores y peritos (por ejemplo, el tema del secreto), dificultades en la marcha de algunas comisiones (verbigracia, la reforma litúrgica y la cuestión de la lengua celebrativa), los reglamentos internos, las rivalidades entre «escuelas» (Santo Oficio versus las otras congregaciones vaticanas; Tromp y Hürth versus los teólogos del Laterano; etc.), la presencia ecuménica en el concilio y tantas cosas más, que se hallan aquí sistematizadas con todo detalle y que enmarcan «estructuralmente» la convocatoria conciliar.

Bezzo, en el capítulo IV, se centra sobre todo en la repercusión del anuncio en la opinión pública, particularmente en el episcopado mundial, en otras confesiones cristianas y en el mundo musulmán, judío y marxista (comunista), y en las labores preliminares. La reacción del mundo comunista resulta muy interesante, ahora que ha caído el «socialismo real».

El capítulo V, de Klaus Wittstadt, tiene un interés particular para la Historia de la Teología, pues nos ofrece un juicio, bastante ponderado, acerca de las intervenciones de los peritos conciliares. Además de Tromp, que sale *par tout* en esta etapa preparatoria, Wittstadt nos da noticia de las contribuciones de otros teólogos no-curiales: Henri de Lubac, Marie-Dominique Chenu, Hans Küng, Yves-Marie Congar y Karl Rahner, principalmente. No se trata, como es obvio, de hablarnos de su labor durante el concilio, sino de sus contribuciones antes de comenzar el concilio, pero con relación a éste. De todas for-

mas, la elección de los teólogos presentados, aunque lógica, presupone una evidente toma de posición.

También recoge Wittstadt innumerables detalles sobre la preparación logística de la asamblea, que debía reunir a un colectivo de más de tres mil personas en la basílica de San Pedro: atención médica, servicios higiénicos, instalaciones de megafonía, alojamientos, presupuestos económicos, servicios de cafetería, etc. He aquí una faceta poco conocida del concilio y que ofrece una nueva perspectiva de la magnitud, incluso sociológica, de la asamblea. Es muy interesante constatar la presión de algunas altas personalidades eclesiásticas, y también de los mismos periodistas, para lograr un acceso más fluido a las fuentes de las noticias. Es evidente, como muy bien nos relata el autor del capítulo V, que la Santa Sede tuvo que acostumbrarse a contar con los periodistas, y que en esto, como en tantas otras cosas, Juan XXIII, respetando la autonomía de sus colaboradores, tuvo que abrir nuevos cauces a la información.

Los índices finales facilitan mucho la consulta de esta obra.

Estamos a la espera de los siguientes volúmenes. El tomo segundo acaba de publicarse. Los demás, en redacción. Dios quiera que la iniciativa del Prof. Alberigo, el sueño de su vida y la coronación de su vida profesional, constituya una contribución decisiva al mejor conocimiento de uno de los acontecimientos estelares del siglo XX y, sin duda, el más importante de la vida católica de los últimos doscientos o trescientos años.

Josep Ignasi SARANYANA

Enrico DAL COVOLO, *Chiesa, società, politica. Aree di «laicità» nel cristianesimo delle origini*, Las, Roma 1994, 187 pp.

Enrico dal Covolo es profesor de Literatura Cristiana Antigua en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Salesiana. Es uno de los directores de la serie *Corona Patrum*, y de la *Introduzione ai Padri della Chiesa* (seis volúmenes). Es autor de numerosos estudios sobre los Padres antenicanos y acerca de las relaciones entre la Iglesia e instituciones sociopolíticas de la antigüedad.

El libro que publica ahora pone a disposición del público un valioso material para el estudio sobre la vida de los laicos en la Iglesia primitiva, y para una reflexión general acerca de la misión y actuación de los laicos en el mundo.

El autor ofrece textos selectos de escritores de los tres primeros siglos cristianos, referentes a la existencia de los discípulos de Cristo en el mundo: la actitud ante los bienes materiales (primer capítulo); las relaciones con el poder político (segundo capítulo); la posición social de la mujer (tercer capítulo). El autor proporciona además información que sitúa los textos en su contexto histórico; y cita los estudios más relevantes en cada tema tratado.